

Diario del olvido

Oscar Segura

Extracto 1

03/07/1994

Un viaje hacia alguien en quien se supone que no debería ni pensar. En el retrovisor recuerdos de segunda y tercera mano, desgastados y oxidados y el restaurador de baja por depresión. Delante una carretera borrosa y un paisaje a medio pintar por un pintor de 98 años bajo un sol abrasador que ahora desearía haberlo pintado al final.

Aparece una anciana sentada en un taburete de madera que observa un cactus atentamente. Me mira y me sonrío. Con la mano temblando saca un lápiz y un trozo de papel amarillento y viejo de un bolsillo, aún temblando escribe algo en el papel: 5827. Le pregunto qué significa a lo que me responde que lo adivine mientras sigue mirando el cactus. Pienso en la cantidad de espinas de esa planta y ella me lo niega antes incluso de que abra la boca.

-Es la lluvia. - me contesta. - Los litros que han caído en tu ciudad desde esa noche.

No sé si es este calor o el mareo que me provoca mi propio sudor pero no entiendo a esa mujer.

- ¿Qué noche? - le pregunto.

- La noche que empezaste este viaje. La noche que rompiste tu propio corazón. - me dice con una contagiosa sonrisa en sus labios.

Y de la misma forma que apareció, desaparece. Está pasando. Estoy perdiendo la cabeza.

Una señal de una gasolinera a 500 metros me anima a seguir pedaleando.

Un Cadillac gris de los 70 me da la bienvenida al establecimiento. Una joven rubia y ya con la piel muy morena está tumbada en el techo del Cadillac tomando el sol y un tipo cuarentón con una gorra mohosa sale de no sé donde.

- ¿Qué haces en medio de esta maldita carretera? - me pregunta.
- Voy hacia alguien en quien se supone que no debería ni pensar - le contesto.
- ¿Quieres una cerveza?
- Agua está bien.
- ¿Agua? No te veo escamas por ningún lado, amigo.
- Está bien, tomaré esa cerveza. - le digo

La joven rubia se incorpora a la vez que deja ver su pecho desnudo. El tipo cuarentón coge una lata de cerveza de una pequeña nevera portátil y me la lanza a las manos.

- Cheers. - me dice el tipo.
- Gracias.- contesto.
- Ya sabemos a dónde vas, pero ¿de dónde vienes? - pregunta la joven.

Al mirarla por tercera vez, esta vez a la cara, reconozco ese rostro, ese pelo, esos ojos, esos labios y, sin duda, ese *pircing* en el pezón izquierdo que ya había visto la segunda vez, es ella, no hay duda, la primera de las paradas y el último de mis recuerdos.

- ¿Hola?- reivindica ella. - ¿Qué miras? ¿Nunca has visto un par de tetas?
- La chica te ha preguntado de dónde vienes. - dice el tipo.
- Vengo de romperme el corazón. - contesto.
- ¿Cuándo fue eso? - pregunta mi vieja conocida.
- Hace 5827 litros.
- ¿Litros de qué? - pregunta el hombre.
- De lluvia.
- Eso es mucha lluvia. ¿Cómo te llamas? - pregunta ella.
- No tengo nombre.
- Yo me llamo...
- Espera, no me lo digas. - interrumpo. - Lo adivinaré.
- Eso es imposible. - dice el tipo.

Me acerco a la oreja medio ennegrecida del tipo no sé si de grasa de coche o de roña de no lavarse y le susurro el maldito nombre de la chica. El cuarentón se levanta la camisa y saca una pistola y me apunta a lo que me queda de corazón y la joven se une a la fiesta con una escopeta con un cañón de al menos un metro que me roza la frente.

- ¿Cómo lo has sabido pedazo de mierda? - pregunta él.
- Hiciste este mismo viaje que estoy haciendo, ¿verdad? - le pregunto ya no sé si a él o a su pistola.
- ¿De qué coño hablas? - contesta.

Me quito la mochila despacio.

- No disparéis, voy a sacar algo de la mochila. - digo.

Oigo como los dos cargan sus armas, mi vida se limita a un simple movimiento horizontal de sus dedos índices que accionarán el gatillo que causará que una bala atraviese mi pecho o mi cabeza, dependiendo de quién dispare primero. Pero yo sigo con lo mío y saco lo que quería sacar de mi mochila y se lo enseño al tipo.

- ¿Qué es eso? - pregunta.
- ¿No lo ves?
- ¿Un puto libro?

- Un diario. - rectifico.

Tiro el diario a sus pies. El hombre me mira con ganas de dispararme pero el muy hijo de puta se empieza a reír, guarda la pistola en sus pantalones y le dice a la chica que también guarde su arma, se me acerca y me da un abrazo.

- Ven hijo, te daré agua para el viaje. - me dice.

Entro con él en el establecimiento, me da un par de botellas de agua, las cargo en la mochila y ésta a mi espalda. Subo a mi bici preparado para continuar cuando el silencio se rompe por la voz de esa joven aún tostado su pecho al sol.

- ¿Quién eres? - me pregunta.
- Por suerte ya me has olvidado. No tengo nada que hacer aquí.
- Suerte con el siguiente recuerdo, hijo. - dice el tipo a lo lejos.
- Gracias. - le contesto.

Ya me he alejado unos metros de la gasolinera cuando me encuentro al viejo pintor sentado a un lado de la carretera.

- ¿Sigo pintando, señor? - me pregunta.
- Por supuesto, viejo, por supuesto.
- Así me gusta, a por ella. - dice mientras se levanta.
- Sí. - le contesto. - A por ella.

Extracto 2

05/07/1994

Estoy justo en la transición entre lo que era el segundo sueño de la noche y lo que iba a ser el tercero cuando algo me despierta. Una vez mis pupilas se adaptan por fin a la oscuridad de las 4 de la madrugada de un desierto remoto, logro ver que no es algo, sino alguien. El viejo me está dando pataditas a los pies. Me incorporo.

- ¿Qué ocurre? - digo
- Mi pincel, señor. No lo encuentro.
- Está oscuro, ya lo buscaremos por la mañana. - le contesto.

Me vuelvo a tumbar y cierro mis ojos. Total oscuridad y silencio de nuevo.

- Nunca lo saco de mi bolsillo, sólo para pintar, obviamente. - insiste el viejo.
- Obviamente. - le contesto de camino al nuevo primer sueño de la misma noche.
- ¿Cree usted que ha sido ella?

Abro los ojos y levanto la cabeza hacia ese pintor

- No puede ser ella tan pronto. - digo.
- No, señor, no me refiero a su primer recuerdo, como bien dice es demasiado pronto. Me refiero al siguiente recuerdo, al segundo.
- ¿Ya? Si tan sólo han pasado dos días desde la primera.
- Ya tienen eso los recuerdos, señor. Por parecerse al viento, parece que se han ido pero no se van.
- Joder, creo que ya sé quién es.
- Entonces, ¿qué hacemos? - me pregunta.
- Dormir.
- Disculpe señor, pero...
- Tranquilo viejo, sabe que estoy aquí, ha venido y te ha robado el pincel.
- Pero...
- Y todavía no me ha olvidado. No iré a ninguna parte. Duerme.

Extracto 2 y medio

05/07/1994

Arena y estrellas mezcladas con el sonido de las olas, un puñetero frío que se clava en los huesos y sus besos como regalo, guinda o cereza del mejor de los cócteles jamás agitado y servido y que sabe a alguna fruta aún por descubrir. Soñando despiertos como de costumbre, la paz, la tranquilidad e incluso la felicidad eran tan palpables como nuestros cuerpos unos minutos después. La paz y la tranquilidad se fueron con el estruendo de lo que parecía una sirena de algún barco, la felicidad y la lujuria con la segunda sirena y con la tercera me despierto.

El barco resultó ser en realidad un camión parado en medio de la carretera a unos metros de nuestro campamento improvisado. Miro a mi alrededor, ni rastro del viejo. Otra vez esa sirena. Me levanto y a paso de zombi camino hacia mi despertador de ocho ruedas. De la cabina sale un treintañero, sin camiseta y con las abdominales del actor que hace el "después" en los anuncios de la teletienda, unos ojos azules que hipnotizan a cualquiera, una media melena rubia, unos tejanos ceñidos que si bajabas la mirada se filtraban por dentro de unas botas de piel de serpiente.

- Buenos días, ¿un café? - Dice.
- No tomo ca...

Antes de poder acabar la frase el camión y ese tipo de calendario se desvanecen delante de mis narices como si se hubieran transformado en humo. A medida que van desapareciendo un pequeño edificio se deja ver detrás del camión, al otro lado de la carretera, una cafetería.

- ..fé - acabo.

Cruzo la carretera y entro en el local pensando que el viejo podría estar ahí. Una cafetería pequeña pero de lo más normal, seis mesas redondas de mármol y una barra del mismo material y detrás de ella una cincuentona con un moño que intenta imitar la moda Pin-Up.

- Buenos días, guapo. - dice al verme.
- Buenos días.
- ¿Café?
- No tomo café pero un zumo de lo que sea me sirve, gracias.
- Un zumo para el caballero, pues. - contesta.

- Oiga, ¿ha visto a un hombre mayor por aquí?
- ¿El hombrecillo centenario con el que estabas acampado ahí?
- Exacto, ese.
- Se ha tomado un café y se ha marchado hace unos 30 minutos.
- ¿Hacia dónde?
- Me ha preguntado por la patinadora y ha ido a buscarla.
- ¿La patinadora?
- Sí, esa maldita pelirroja. Toma, tu zumo.
- Gracias. Oiga y ¿dónde está esa patinadora pelirroja?
- ¿Tu también? A todos se os cae la baba con esa cría del diablo.
- No es lo que piensa, de verdad. Nos ha robado y necesito encontrarla.

Las campanillas de la puerta anuncian un nuevo cliente.

- Pues aquí la tienes. - dice.

Me giro. Es ella, sin duda. Mi segunda parada y el antepenúltimo de mis recuerdos.

- No entres con esos patines que me rallas el suelo, maldita cría. - le replica la cincuentona.

La patinadora saca el pincel del viejo y con un sutil movimiento hace desvanecer a la camarera.

- Me había salido demasiado quejica, además, tres son multitud. - me dice.
- ¿Dónde está el viejo? - le pregunto.
- Iba persiguiéndome, estará de camino, tranquilo, está bien. ¿Has dormido bien?
- He dormido mejor.
- ¿Qué te ha parecido lo del camión? Seguro que nunca habías amanecido así.
- Muy divertido, sí.
- ¿Y que me dices del hombretón?
- No parecía un camionero, era más como un modelo mediocre con cuatro neuronas. Deberías aprender a dibujar camioneros. - le digo.
- La verdad es que lo dibujé anoche, el desierto es muy aburrido y necesitaba un poco de distracción, ya me entiendes. Lo del camión se me ha ocurrido esta mañana.
- Necesito el pincel. - le digo.
- Gánatelo.
- ¿Cómo?
- Para empezar dime qué hago aquí.
- ¿Es que no lo sabes?
- ¿Es que debería saberlo?
- Eres un recuerdo.
- ¿Perdona? ¿Un recuerdo? ¿En plan *souvenir*? - ironiza.
- No, un recuerdo mío.
- Así que no me ha pintado ese viejo, sino que he salido de tu cabeza.

- Algo así. - contesto.
- Vale, ¿y que quieres de mi?
- Que me olvides.
- Ya lo hice hace tiempo. - me contesta.
- No.

La campanilla interrumpe de nuevo. Entra el viejo con cara de cansado.

- Es ella, señor, ¡es la ladrona!- grita el viejo.
- Lo sé, viejo.
- Señor, hágalo ahora. No hay tiempo que perder.
- ¿Hacer el qué? - Pregunta ella.
- Mírame y escucha. Esa noche no tenía que haber aparecido en ese bar, de hecho no iba a salir de casa pero alguien me convenció y salí. Se supone que nunca teníamos que habernos conocido. Nunca tenía que haberte pedido el teléfono y aún menos tenía que haberte llamado al día siguiente. Nunca tuve que enamorarme de ti y nunca tuviste que no enamorarte de mi, nunca tuviste que romper conmigo en una cafetería adornada de Halloween y nunca lloré una sola lágrima por ti porque nunca se han cruzado nuestras líneas argumentales, nunca nos conocimos. Olvídate. Olvídame.

Un silencio inquietante se apodera del lugar.

- ¿Ha funcionado? - pregunta el viejo.
- No lo sé, es la primera vez que lo hago. - contesto.

Un ruido rompe el silencio. El pincel cae al suelo de la mano de la patinadora pelirroja. El viejo corre a cogerlo. La patinadora está congelada, con la mirada perdida en la mía. Una lágrima nace en uno de sus ojos y luego otra y otra más. A medida que va llorando se va derritiendo hasta que al final de ella sólo queda una mancha en el suelo.

- Ha funcionado. - digo. - Larguémonos.
- Buen trabajo, señor. - dice el viejo.

Salimos de la cafetería, cruzamos la carretera y volvemos al campamento, me cargo la mochila y nos preparamos para seguir el viaje.

- ¿Preparado, viejo?
- Para usted siempre, señor.
- No más desierto si puede ser, por favor.
- ¿Que le parece una ciudad?
- Depende, ¿cuál?. - le pregunto.
- Dublín, ¿lo recuerda?
- Las recuerdo.
- ¿En plural, señor?
- Sí, viejo, en plural. Vamos.

Extracto 3 y El origen del éxito de Los Goonies en Smiley City

08/08/1994

Las nubes grises se veían ya desde hacía unos kilómetros, aunque las prefiero blancas me alegro de perder de vista el astro rey y hacer el cambio de armario, o en mi caso, de mochila. El viejo quiso adelantarse para acabar la ciudad a tiempo y caminó y pintó en soledad durante vete a saber cuánto sin parar ni dormir como si le fuera la poca vida que le queda en ello.

Llego a ese Dublín al óleo por un camino de tierra custodiado por un prado infinito y del verde más claro que recuerdo haber visto nunca. A medida que avanzo las oigo cada vez más claras, recuerdo ese sonido, las olas estallando contra los acantilados, esa batalla infinita en que el mar reclama y exige a la tierra su espacio en este planeta.

Una niña hace volar una cometa aprovechando el temporal de viento, otros dos niños juegan a perseguir un cachorro de perro y de repente me veo envuelto por cuatro chavales también en bicicleta como yo.

- A ver quién llega primero al faro. - dice el que parece el líder del grupito.
- Lo siento, no me apetece correr, estoy cansado. - le contesto.
- ¡Estás hecho un abuelo! - ríe el chaval.

Todos sus súbditos se echan a reír con él y luego se van pedaleando rápido en dirección al faro. Pronto me doy cuenta de que no todos se han ido, hay alguien que conserva la inteligencia y el suficiente criterio para no seguir a nadie, una niña de alrededor de 10 años con unas pecas minuciosamente colocadas en sus mejillas y nariz y unos ojos verdes brillantes. La muchacha viste un impermeable fucsia a juego con sus botas de agua, lleva puesta la capucha y de cada lado de su cabeza sale una trenza pelirroja. Se pone a mi lado, me mira y sigue mi ritmo en los pedales.

- Hola. - dice.
- Hola.
- ¿A dónde vas? - me pregunta.
- Es una larga y aburrida historia.
- Me gustan las historias. - sonrío.
- ¿Qué clase de historias te gustan?
- A ver si lo adivinas.

- Podría tener en cuenta que eres una niña, vistas casi toda de rosa pero no has seguido a tu grupo de amigos cuando se han ido corriendo y has preferido no hacer caso a tu madre y pararte a hablar con un desconocido. Si tengo que prejuizgarte por tu género y lo que parece ser tu color favorito y más allá de ser un tópico apuesto que te gustan las historias de amor y princesas aunque que te hayas parado a hablar conmigo tira más hacia el misterio, eres una niña curiosa.
- Has prejuizado bien. - contesta.
- ¿Amor y princesas entonces?
- Sí, y otra cosa, no tengo madre.
- Vaya, lo siento.
- ¿Por?
- Por lo de tu madre.
- ¿Crees que está muerta?
- Es lo que me ha parecido entender.
- Aquí vivimos los niños solos, nadie tiene padre ni madre, ¿tu tienes padres?
- Sí, claro.
- ¿No vienen contigo?
- No.
- ¿Y eso?
- Es un viaje personal.
- ¿A dónde vas?
- Veo que no pararás hasta que te cuente la historia.

Paro y bajo de la bici. Ella también se para y se me queda mirando aún montada.

- Tengo hambre, ¿te apetece comer algo conmigo? - le pregunto.
- ¡Sí! - aplaude la niña.

Dejamos las bicis a un lado del camino, nos sentamos en el césped húmedo y preparo un par de sándwiches de crema de cacao.

- Cuenta, cuenta. - insiste la pequeña.
- Está bien, Pues había una vez...
- ¿En serio? - interrumpe. - Oye, que no tengo cuatro años.
- Tienes razón. ¿Preparada?
- Espera, ¿tiene título?
- Por supuesto, se llama: "El origen del éxito de Los Goonies en Smiley City".

El origen del éxito de Los Goonies en Smiley City

El divorcio había llegado a esa familia como un regalo de navidad en verano. Esperanza, optimismo y sonrisas en los corazones y rostros de todos los presentes. Con el divorcio llegó la primera mudanza y después, con un techo y cuatro paredes a un mejor precio llegó la segunda. Una vieja casa a lo alto de una colina desde donde se podía ver todo el reino. La casa se veía vieja por fuera pero impecable por dentro. Tenía un pequeño jardín con flores de todos los colores y un viejo banco donde el hijo de la familia se sentaba horas, días e incluso noches enteras disfrutando de aquello que nunca tuvo, silencio y tranquilidad.

Cada vez que podía, el hijo viajaba a la ciudad y robaba libros de la biblioteca y se colaba en el cine, la cuestión era no formar parte del mundo real durante unas horas y aprender palabras entre líneas y moralejas cuando en la pantalla salía "the end". Uno de estos viajes se convirtió en el mejor día de su vida, las vacaciones de verano habían empezado y la nieta del Sr. Hornet, el dueño de los cines, había llegado a la ciudad para ayudar a su abuelo.

La chica era de una belleza indescriptible y toda la testosterona de la ciudad enseguida se dio cuenta y más tarde la noticia de su presencia llegó a los pueblos colindantes hasta llegar a una ciudad vecina. En cuestión de semanas no quedaba chico a cincuenta kilómetros a la redonda que no hubiera ido a los cines Hornet a ver y a invitar a palomitas y a un refresco a una chica llamada Lucy y de paso ver una nueva película de aventuras titulada Los Goonies. Bueno sí, quedaba uno. Nuestro protagonista.

Lucy no entendía porque ese enigmático chico no le había ni siquiera mirado a los ojos en todo el tiempo que llevaba en Smiley City. Era casi un insulto para ella así que un día que lo vio esperando el autobús se tragó su notable orgullo y habló con él.

- Hola. - dijo Lucy.*
- Hola - contestó él.*
- ¿Cómo te llamas?*
- No quieres saberlo.*
- Claro que quiero saberlo, por eso te lo pregunto.*
- No, lo único que quieres es que te invite a algo y eso no va a ocurrir.*
- Vaya, un listillo.*
- Suelo tener razón.*
- Bueno ya que no tienes nombre te llamaré listillo, ¿qué tal?*
- Me gusta. - contestó él.*
- Pues a mi me gustas tu, listillo. - dijo ella.*

Y así fue como Lucy y listillo empezaron su historia de amor. Se querían incondicionalmente, en los buenos, en los malos y en los nefastos momentos hasta que listillo se pasó de listo y la dañó en el corazón de la manera que se suele dañar un corazón, con un engaño. Ella le perdonó, pero de vez en cuando notaba esa herida que el engaño de su amado había causado dentro de ella.

Entonces fue cuando el abuelo de ella, el Sr. Hornet murió y Lucy decidió trasladarse a vivir a Smiley City para hacerse cargo de los cines con la ayuda de listillo, que accedió sin pensarlo y más tarde fueron a vivir juntos a cinco minutos andando del cine. Su historia de amor siguió y fue madurando a lo largo de los años. Eran felices, se querían y no necesitaban a nadie ni a nada más que a ellos mismos pero el destino les tenía algo preparado.

Listillo enfermó, era una enfermedad extraña y que ningún médico supo diagnosticar. El pobre chico se sentía inútil e incapaz de hacer nada. Pronto empezó a tener delirios y pensando que se moría fue a ver a su familia a la vieja casa a lo alto de una colina para despedirse y su familia le pidió que volviera junto a ellos.

Volvió a casa con Lucy y ese día hubo una muerte y una despedida. Lo que él haría a continuación marcaría su futuro para siempre. La despedida fue con su amada y la muerte fue la de su amor.

Años más tarde listillo aún seguía enfermo pero supo controlar los delirios. Durante esos años habían pasado algunas chicas por sus brazos pero ninguna se podía comparar con Lucy así que una mañana cogió su mochila, varios utensilios, su bicicleta y empezó el viaje de los recuerdos olvidados para ver si al final del mismo Lucy no le había olvidado y de esa manera tener una nueva oportunidad para estar con ella de nuevo.

Me gustaría poder decir "fin" pero listillo sigue escribiendo en su diario lo que significa que esta historia todavía no tiene final.

La niña empezó a llorar.

- Gracias. - dijo.
- Ha sido un placer, pequeña.
- Me voy.
- ¿Así de repente? - le pregunto.
- Tu historia de amor me ha animado a empezar la mía.
- No tengas prisa.
- Suerte con tu final, listillo.

La niña desapareció pedaleando hacia la niebla que empezaba a llegar por el mar. Tenía que llegar a la ciudad y encontrar al viejo.

Extracto 4

09/08/1994

Tras pasar la noche al raso me pongo en marcha temprano y al llegar a la ciudad me doy cuenta de que hay algo no demasiado normal, estamos en pleno agosto y tengo que llevar tres capas de ropa, el aire es frío y una fina niebla se cuele por todas las calles y callejones de esta ciudad. Está claro que aquí no es agosto. El viejo ha pintado un Dublín oscuro, triste e inquietantemente tranquilo, no hay nadie en la calle, no sé que pretenderá ese pintor pero estoy a punto de descubrirlo.

Después de una hora dando vueltas por esta ciudad fantasma al fin encuentro un sitio familiar, el puente Rory O'More, pero hay algo que se escapa de esa familiaridad, lo recordaba más azul y sin embargo parece que le hayan embargado todo su color. Fijándome mejor no es que la atmósfera sea oscura, que también, sino que estoy rodeado de una escala de grises o dicho de otra manera, ese viejo tarado ha pintado un Dublín en blanco y negro.

Cruzo el puente y solo escucho mis pasos y el río Liffey circulando siempre con esa calma pero cuando llego a la otra punta un lejano y conocido ruido llega a mis tímpanos. Es el triste, melancólico y a la vez tan dulce sonido que nace de las cuerdas de un violín. Voy corriendo siguiendo las ondas musicales en el aire hasta llegar a la fuente musical y la estampa que me encuentro no puede ser más dramática. Un chico cubierto de harapos, descalzo y con evidentes señales de no haberse lavado ninguna parte de su cuerpo en meses, veo una gorra de lana en el suelo y dentro de ella un par de monedas. Como decía, una estampa dramática que haría congelar a cualquier corazón parecido al humano si no fuera por el contraste en la expresión del músico, ojos cerrados y esa sonrisa, esa felicidad visible y hasta audible en cada nota que se le ocurre improvisar.

- ¿Te gusta? - me pregunta aún con los ojos cerrados.
- Me encanta. - le respondo.
- ¿Qué haces aquí?
- Busco a alguien.
- ¿Al pintor?
- Sí.
- Así que tu eres el chico del futuro del que me ha hablado.
- ¿Del futuro? ¿En que año estamos?
- Ahí en el suelo tienes un periódico, míralo tu mismo.

Me agacho para coger el periódico, pone que estamos a 17 de mayo de 1974.

- ¿Por qué el 74? - me pregunto en voz alta.
- Pregúntaselo a ese viejo. - contesta el músico.
- ¿Sabes dónde está?
- Hace una hora le he visto en Capel Street. - dice.

Doy un rodeo hasta Capel Street, empiezo a subir la calle y al fin le veo. Ahí está el viejo, sentado en un banco mirando su reloj y moviendo la cabeza de lado a lado como un adolescente en su primera cita, al verme se levanta y viene hacia mi.

- Me alegro de verle señor. - dice.
- ¿Puedes decirme qué es esto? - le pregunto.
- ¿El qué?
- Todo esto, ¿Por qué un Dublín en blanco y negro? ¿Porque estamos en 1974?
- ¿Has visto el periódico?
- Sí.
- Lo importante no es solamente el año.
- ¿Perdón?
- Es la fecha entera.
- No la recuerdo.
- 17 de mayo. ¿No lo recuerda, señor?

Pienso en la fecha durante un buen rato, 17 de mayo de 1974 hasta que recuerdo algo.

- ¡Maldito viejo! - exclamo.
- Veo que lo ha recordado.
- ¿Qué hora es?
- Alrededor de las tres de la tarde.
- La hora exacta, viejo, ¡exacta!
- Está bien, las 16:11 y 26, 27 segundos
- Aún hay tiempo, tenemos que irnos de aquí o borrar la ciudad, pintar algo encima o hacer algo pero hacerlo ahora mismo. - le digo.
- Mucho me temo que no, señor, aquí esta su próximo recuerdo, mejor dicho, recuerdos.
- Claro, sabía que en Dublín estarían las trillizas pero ¿en el Dublín de 1974? Ni yo ni ellas existíamos entonces. - empiezo a desesperarme.
- No gozamos de mucho tiempo señor por lo que le diré algo que puede ayudarlo a entenderlo. Usted solía describir los encuentros sexuales con esas damas con una palabra muy concreta, ¿la recuerda?
- Solía decir que era impresionante pero agotador a la vez.
- Busque una palabra más acorde con lo que pasó aquí un día como hoy.
- Explosivo, decía que era explosivo. - digo.
- ¿Qué era explosivo? - me pregunta.
- Estar con ellas, ellas eran explosivas.
- Correcto. - me dice.
- Espera un momento, ¿ellas son las bombas?

De acuerdo, perdón, voy a contar lo que está pasando. Básicamente lo que pasa, o lo que pasó, o lo que pasará es que el día 17 de mayo del 1974 tres coches-bomba explotaron prácticamente a la vez en tres calles del centro de Dublín, concretamente en Parnell Street, muy cerca de donde estoy ahora mismo con el viejo, en Talbot Street y en South Leinster Street y lo que dice el viejo es que ha sustituido esos coches-bomba por tres recuerdos-bomba que estallarán a las cinco y media de la tarde, que fue cuando explotaron las bombas en 1974. Bien, esto es básicamente lo que pasa, lo que pasó o lo que pasará así que me pongo a correr cogiendo al viejo de la mano. Llegamos a Parnell Street a las 15:22, miro y remiro por todos lados y no veo nada ni nadie que se parezca a una mujer-bomba.

Doy un grito muy fuerte al aire y como si se sintiera reclamado por él aparece ese sexy artefacto delante de mis narices. Es una de ellas, una tercera parte del penúltimo de mis recuerdos, la primera de las trillizas explosivas, en todos los sentidos.

– Hola. - le digo.

Ella ni parpadea. Está plantada en el asfalto de una carretera vacía de coches, sin mover un músculo y con los ojos abiertos de par en par y prácticamente sin respirar.

- ¿Qué pasa? - le pregunto al viejo.
- No lo sé. - contesta.
- ¿Qué hago?
- Haga que recuerde, señor. - me recomienda.
- ¿Qué? Si precisamente lo que quiero es que no recuerde nada, parece que ya lo ha olvidado todo.
- No, señor, está entre el olvido y el recuerdo.
- Pues hagamos que olvide.
- Creía que lo descubriría usted solo pero ya que no es así se lo diré. Las bombas se desactivan con el recuerdo, aquí hay que hacerlo al revés.
- ¿Y cómo creías que lo iba a descubrir?
- Lo siento, señor.
- Allá voy. El sitio más inapropiado del jardín más abarrotado de la casa más grande de la calle mejor iluminada del pueblo menos aconsejable de Irlanda. Te percastaste de mi mirada de reojo hacia ti y tras esto nos fuimos lanzando miradas y sonrisas absurdas y disimulamos peor que un par de actores amateurs que se han dejado el guion en el otro cerebro. Al final tu rompiste el silencio y me dijiste que hacia tiempo que no eras feliz y yo te prometí felicidad a lo que tu respondiste con una risa tímida tapada por tu mano. No sé si sería por la mezcla de alcohol y varias drogas que nos regalaban pero hubo un momento de la noche en que parecía que todo se derrumbaba hasta que me cogiste de la mano y me llevaste hasta el coche de no sé que amiga tuya y ahí dentro nos hicimos felices el uno al otro y luego en tu piso, tres veces más. Al despertar escuché tu voz deseándome buenos días y luego lo volví a escucharlo y luego una vez más como su de un eco montañero se tratara. Miré bien y ahí estabais, y yo que pensaba que los multiorgasmos de anoche fueron de una sola mujer, trillizas compartiendo maquillaje, la poca ropa que pude ver, juguetes de todo tipo, tipo de depilación y hombres como buenas hermanas. Tras

de mi cara de gilipollas, de daros mis buenos días y de otra sesión de felicidad lujuriosa en familia desayunamos a la hora de merendar. No sé muy bien cómo definir lo que vino luego, las tres me acompañasteis a la estación, tres abrazos, tres besos en la mejilla y tres sonrisas y luego os largasteis de ahí entre risas. Adelante, recuérdalo, recuérdame.

Pasa un segundo, dos y así hasta nueve. La chica gira la cabeza hacia mi y no se le ocurre nada mas que acercarse a mi y dedicarme un abrazo y un beso en los labios, después de eso se convierte en niebla y pasa a formar parte de ésta atmósfera *noir*.

- Felicidades señor, lo ha hecho genial. - dice el viejo.
- No hay tiempo que perder, vamos. - contesto.

Llegamos a Talbot Street cuando son las 17:03 en busca de la segunda trilliza pero por mucho que recuerdo no aparece por ningún lado.

- ¿Qué ocurre ahora? - Le digo al viejo.
- Creo que ha desactivado a todas a la vez.
- ¿Es esto posible? - le pregunto.
- Estoy prácticamente seguro de ello, señor.
- ¿Podemos largarnos de aquí pues?
- Por supuesto. - dice.

Nos ponemos en marcha.

- Ha sido más fácil y rápido de lo que creía. - le digo al viejo.
- Me alegro, señor.
- ¿Alguna pista sobre la próxima parada?
- Sólo puedo decirle que estamos cerca del final.

De repente el rostro del viejo es la viva definición del más puro terror.

- Lo siento, señor. - dice.
- ¿Qué ocurre?
- Puedo sentir las, a las trillizas, siguen aquí.
- ¿Qué? ¿Qué hacemos?
- Debemos ir al Temple's Bar.
- ¿Al pub?

Empezamos a correr de nuevo por esas calles y llegamos al Temple's Bar.

- ¡Corra, entre! - exclama el viejo.
- ¿Y tú?
- Voy a intentar detenerlas. - dice.
- No podrás.
- Tengo que intentarlo. - insiste.

En ese momento al final de Temple Bar Street veo acercarse algo a toda velocidad. Son ellas, han decidido hacer una última reunión familiar y vienen levitando a toda velocidad hacia nosotros con cara de cabreadas, una escena que me deja petrificado.

- No hay tiempo, señor, entre y dígame a la camarera que quiere un billete a su primer recuerdo. - dice el viejo.
- No podrás con ellas, venga conmigo.
- Tengo que defender mi obra y estoy seguro que puede continuar solo.

El viejo abre la puerta del pub y me empuja hacia adentro. La puerta se cierra detrás mío. Me giro e intento abrirla pero es imposible.

- No se puede salir. - dice alguien.

Me giro y veo a una familia entera vestida de luto celebrando un funeral al más puro estilo Irlandés, en el pub, con cerveza y con la foto del difunto encima de la mesa rodeada por una corona de flores.

- No se puede salir - repite el más joven de la familia.
- Ya lo veo, gracias. - respondo.
- ¿Quieres una cerveza? - dice la camarera.
- Sí, ven con nosotros. - dice el joven.
- No, tengo que irme, y tengo que irme ahora. - digo.
- ¿A dónde vas? - pregunta la camarera.
- A mi primer recuerdo, quiero un billete.
- Ah, eres él.
- ¿Él?
- Sí, el pintor me habló de ti, siempre pinta una salida de emergencia por si la cosa va mal y por lo que veo ha ido mal, ¿no?
- Sí, ha ido mal.
- Veamos.

La camarera saca una caja metálica y busca dentro.

- Aquí está, Smiley City. - dice.
- ¡Exacto! - exclamo.
- Vamos allá, siéntate en cualquier sitio y agárrate donde puedas.
- Estoy bien de pie, gracias.
- Tu verás. ¡jefe, Smiley City! - grita la camarera.

El suelo empieza a temblar y a los pocos segundos el pub se convierte en un ascensor bajando a toda velocidad por dentro de la tierra. De repente noto algo en los pies, agua, hemos llegado al nivel del mar, el pub se va inundando de agua al mismo tiempo que mi cara de pánico contrasta con las risas y carcajadas de la familia de luto y de la camarera.

- ¡Nos vamos a ahogar! - le grito a la camarera.

Ella sigue distraída riéndose de la situación. En menos de un minuto el agua ya ha cubierto todo el pub, estoy a punto de quedarme sin oxígeno en los pulmones cuando una luz blanca me ciega y luego caigo al suelo. El agua ha desaparecido.

- Hemos llegado. - dice la camarera. - La puerta está abierta, puedes salir si lo deseas.

Voy hacia la puerta y la abro, la luz del sol me vuelve a cegar, salgo del pub y piso al fin mi última parada, Smiley City.

Último extracto y Lo que sé

09/08/1994

Calles a medio asfaltar, edificios en obras, coches y gente por todas partes, se acabó el viaje, no más pinceladas, no más trazos, ya no recordaba como era la realidad, y la realidad es que el tiempo ha acabado destrozando esta ciudad y la gente que vive en ella. Smiley City ya no le hace honor a su nombre, hoy sus ciudadanos circulan por las calles sin mirarse los unos a los otros, sin saludarse, sin sonreírse, ya nadie conoce a nadie y ya nadie le importa nadie más que ellos mismos y un perenne bienestar. Cada minuto que paso aquí sólo veo vidas, mentes y personas mediocres, quejándose encima hasta encontrar una manera de poder vaciar su vejiga verbal.

- ¿Eric? - una voz familiar pronuncia un nombre aún más familiar.

Me giro y veo a un tipo de más o menos mi edad, trajeado, engominado y perfumado. El tipo se acerca a mi y me ofrece la mano acompañado de algo en peligro de extinción en la ciudad, una sonrisa.

- ¿No me reconoces? - pregunta.
- Claro, cuánto tiempo sin vernos. - miento.

Encajamos las manos.

- ¡Demasiado! ¿Dónde te has metido estos años? Pareces un mendigo con esa barba. - dice.
- Ya sabes, aquí y allá.
- ¿Has vuelto a la ciudad?
- Sí, acabo de llegar. - contesto.
- ¿Hacia dónde ibas? Si tienes tiempo tomamos un café.
- No tengo mucho tiempo, iba al cine.
- ¿Al cine? ¿Te refieres al Hornet?
- Sí. - contesto.
- Cerró hace años.
- ¿De verdad? - pregunto incrédulo.
- Sí, Lucy lo cerró y está abandonado.
- ¿Y ella?
- ¿Ella qué?
- ¿Sigue aquí?
- Sí, ¿por qué?

- Porque quiero verla. ¿Sabes dónde está?
- La he visto en el Sunset Bar con sus amigos raros.
- No lo conozco.
- Está en la plaza Moody, ¿te acuerdas de llegar?
- Sí, gracias, me tengo que ir. - contesto apresuradamente.
- Pues nada, hombre. Nos vemos, ¿no?
- Sí, claro. - miento de nuevo.

Al alejarme de ese tipo me doy cuenta de que gracias a él he recordado mi nombre, Eric, creo que me gustaba más cuando no me acordaba de él. Me pongo en marcha, esta vez a pie ya que la bici se ha quedado en ese Dublín extraño junto al viejo y a esas trillizas-bomba, espero que él esté bien.

De camino a la plaza Moody soy consciente de que ha llegado el momento, el final de este viaje y no estoy seguro de estar preparado para enfrentarme a ello, o mejor dicho, a ella, pero ya no hay vuelta atrás. De camino paso por el cine, está cerrado, como dijo ese tipo, ahora debe ser un criadero de ratas y todavía luce un cartel algo descolorido de la última película que se proyectó, Beetlejuice, esa película era del 88 por lo que se Lucy cerró el cine ese año.

Llego a la plaza Moody con las piernas temblando, deseando encontrar el Sunset Bar y a la vez deseando no encontrarlo y así tener una excusa que camufle mi cobardía pero cuando me quiero dar cuenta ya estoy delante de él. Entro en el local y la veo, ahí está, hablando y riendo, esa sonrisa es inolvidable, es ella, no hay duda, mi musa, mi cuarta y última parada y el primero, mejor y más recordado de mis recuerdos, ella.

Me acerco a su mesa que comparte con tres personas más. A medida que me voy acercando todos dirigen su mirada hacia mi.

- Hola Lucy. - digo.

Ella me mira.

- Hola, ¿nos conocemos? - dice ella.

Hasta aquí hemos llegado, no me recuerda. Un fracaso más que embotellar y guardar en el estante de las lecciones aprendidas.

Estoy a punto de irme de ahí cuando pienso que es imposible que no me recuerde, debe estar jugando conmigo, es una especie de venganza por haber roto con ella hace años. También pienso que puede que todo esto no sea la realidad que creía que era, después de lo de Dublín puede que esto sea otro escenario irreal. Quizá funcione lo que hice en Dublín, hacer que me recuerde en vez de que me olvide, ya no tengo nada que perder.

- Sé que ya no me recuerdas y sé... - empiezo a decir pero me quedo sin palabras.
- ¿Qué sabes? - me pregunta.
- Vale, escucha, esto es lo que sé.

Lo que sé

Sé, y demasiado que sé, y ojalá no supiera tanto. Sé que todo lo que te pueda llegar a decir ya habrá sido pensado y escrito por alguien antes que yo.

Sé que no me recuerdas y eso sólo puede decir que ya lo has olvidado todo, desde mi nombre hasta la última palabra y beso que te dediqué pasando por una infinidad de pequeños, grandes y enormes momentos que si te acercas más aún puedes ver en mis retinas congelados en el tiempo.

Sé que no tenía que pensar en ti y es todo lo que he hecho desde el principio de este maldito viaje, pensar en este preciso momento, aquí, delante de ti, idealizarlo, fabricar expectativas y orquestrarlo todo en mi cabeza de tal manera que todo salía redondo y nos íbamos juntos pero parece ser que la partitura se ha borrado y la orquesta va a tener que improvisarse algo y es lo que estoy haciendo ahora mismo.

Sé que solíamos querernos, solíamos estar enamorados de todos y cada uno de nuestros poros, rasgos, virtudes y defectos. Solíamos abrazarnos a todas horas, con motivo o sin él, en privado y en público, que juntos descubrimos el verdadero significado de nuestras vidas, estar el uno junto al otro sin importar absolutamente nada más.

Sé que solíamos soñar en la misma cama y fuera de ella, dormidos y despiertos, que compartíamos ambición, destino y meta. Que cuando perdía la cabeza sólo te encontraba a ti perdiéndola conmigo. Sé que solíamos ser felices y que destrocé esa felicidad al mismo tiempo que destrocé tu corazón.

Y ahora sé que ya no puedo hacerte más daño, que quizá lo mejor que puedo hacer es irme, desaparecer y dejarte en paz. Que el tiempo ha llegado como el viento y se ha llevado con él palabras, promesas, sueños y sobretodo recuerdos que se quedarán para siempre en el olvido. Y sé que gracias al olvido vuelves a ser feliz lejos de mi recuerdo, pero a la vez sé que si dentro de ti todavía existe una parte de la chica de la que me enamoré vas a querer recordarme. Yo me niego a olvidarte, ahora te toca decidir a ti, olvídame o recuérdame.

Ella me mira sin decir nada, sus amigos también me miran, los otros clientes del bar siguen hablando de sus cosas y se escucha alguna risa. Esta tensión me supera, está claro que es una batalla perdida así que decido dar media vuelta y salir del local, ella se levanta y me sigue hasta la calle.

- Espera un momento. - dice.
- Vuelve con tus amigos. - le contesto.

- No quiero volver con mis amigos, ¿quién eres? ¿de qué iba todo eso que me has dicho?
- Estuvimos juntos una vez pero ya no te acuerdas pero no pasa nada, lo importante es que seas feliz.
- ¿Cómo sabes que soy feliz? - me pregunta.
- Siempre buscaste la manera para poder ser feliz con cualquier cosa, por absurda o mediocre que fuera, asumo que lo has seguido haciendo por eso sé que eres feliz.
- Pues lo siento, estás equivocado, no soy tan feliz como crees.
- Pues deberías serlo.
- ¿De verdad estábamos tan enamorados como has dicho ahí dentro?
- Ojalá te acordaras. - le susurro.

En ese momento una mano se posa en mi hombro izquierdo. Me giro y veo al viejo sudando y jadeando cómo si viniera de correr una maratón.

- Lo siento, señor, llego tarde. - dice.
- Joder, viejo, ¿estás bien?
- Sí, señor, gracias por preguntar.
- ¿En Dublín todo bien? - le pregunto.
- No se preocupe por eso.
- Hola. - interrumpe ella.
- Saludos, señora. - dice el viejo. - ¿Es quién creo que es, señor? - me pregunta a mí.
- Sí. - contesto.
- ¿Ya le ha pronunciado el discurso? - me pregunta el viejo.
- Sí, viejo, ya lo he hecho pero no ha habido suerte. - contesto.
- ¿Ella le ha pegado a usted?
- ¿Cómo?
- Señora, ¿por qué no le ha pegado todavía?
- Viejo, ¿qué dices? - interrumpo yo.
- Hace años ella debería haberle pegado cuando usted rompió la relación, ella tiene que pegarle para cerrar el círculo. - dice.
- Vale. - pregunta ella.

Sin pensarlo dos veces ella me mira con algo de ira y me pega una bofetada.

- ¿En serio era necesario? - pregunto al viejo.
- Sí, señor, ya lo estoy notando, has llegado al final. - dice el viejo.
- ¿Se acabó? - pregunto.
- También puede verlo como un nuevo comienzo. Bien, señor, con el debido respeto espero no volver a verle así que no la vuelva a perder.

Al acabar la frase el viejo desaparece delante nuestro a la vez que aparece un montón de gente en la calle. Vuelvo a ver la Smiley City que conocía, estaba en lo cierto, la de antes era irreal.

- ¿Qué ha pasado? - pregunta ella.
- Hemos vuelto a la realidad.
- ¿Qué quieres decir?
- Nada, nada. - intento evadirme.
- ¿Te he hecho daño antes? - pregunta ella.
- Sí, un poco, la verdad.
- Ese anciano tenía razón, estoy recordando algunas cosas.
- ¿Te acuerdas de mi?
- Sí, me acuerdo.
- ¿De todo?
- No lo sé pero son muchos recuerdos de golpe.
- ¿Y qué sientes?

Ella me mira y me sonrío se acerca a mi y me acaricia donde antes me había pegado.

- Siento muchas cosas, siento alegría pero también tristeza, siento que te he hecho de menos y te tengo justo aquí delante y también siento que te quiero.
- ¿Qué sentimiento es el más fuerte?

Ella me besa en los labios.

- Te quiero, listillo. - me susurra.